

D. ABIGAIL LOZANO.

BOLÍVAR.

Á MI QUERIDO AMIGO JUAN VICENTE CAMACHO.

I.

Es Bolívar el héroe de los héroes,
El patriarca inmortal de la victoria,
El sol de libertad, el sol de gloria,
Que las cumbres del Ávila alumbró.
He escuchado en la noche unos sonidos
Que murmuran las selvas y los mares:
Son tal vez los magníficos cantares
Del ángel que á Bolívar custodió.

II.

He visto por las tardes en Oriente
Dos hermosas estrellas enlazadas,
Y al lampo de sus luces argentadas
La cifra de su nombre comprendí.
He buscado su sombra misteriosa
En el valle, en el monte, en las praderas;
Sólo en un viejo bosque de palmeras
Á la luz del crepúsculo la vi.

III.

He creído mirarla tras la nube
Con que á veces el sol en Occidente
Nos oculta al morir su regia frente,
Cuando el ave le da su triste adiós;
Y en la voz que se escapa del desierto,
Gigante, majestuosa y solitaria,
He escuchado el rumor de una plegaria
Que sube por Bolívar hacia Dios.

IV.

Acaso la deidad de esas montañas
Que la América ostenta por doquiera,
En las ramas colgó de una palmera
Una inmensa campana de metal;
Y al estridor de su primer tañido,
Que vibró en las cavernas de los montes,
Fulgurante asomó en los horizontes
El astro de ese Genio celestial.

V.

La nube, al reventar, le dió su rayo;
Su voz estruendorosa el torbellino;
Su magnífico lábaro el destino,
Y su aliento de trueno el huracán.
La cóndor imperial de la victoria
Besó la altiva frente del guerrero,
Y al relucir de su triunfante acero
Ella fué su deidad, su talismán.

VI.

La Libertad en su radiante carro,
Tirado por el Dios de la batalla,
Apagó los volcanes de metralla

Que en torno vió del adalid arder.....
Sobre el mármol, Bolívar, de tu gloria
No levanta sus nubes el olvido;
Que el laurel que á su margen ha crecido,
Cuando lo quema el sol, vuelve á nacer.

VII.

Porque es tu nombre un astro rutilante
Que brilla solitario en el espacio,
Donde fulgura el inmortal palacio
Que la América alzó á la Libertad;
Y las ígneas estrellas que coronan
Su inmenso disco de esplendente llama,
Sus satélites son que el mundo aclama,
Porque tu sol les dió su claridad.

VIII.

El viento de la envidia tempestuoso
Ronco rugió sobre tu egregia frente;
Mas no pudo su soplo maldiciente
Tu inmarcesible lauro desgajar.
Cuando un siglo ya trémulo y caduco
Vaya á exhalar su aliento postrimero,
Dirá al que nace:—«Guarda ese letrado,
Santo nombre de un héroe tutelar.»

IX.

Y cuando todos ellos confundidos
Rueden á sepultarse en el espacio,
Entre nubes de incienso y de topacio,
Le llevarán en triunfo hasta el Señor.
Él grabará tu nombre en el gran libro
Donde miran sus nombres los patriarcas,
Y en sus excelsas, inmortales arcas,
Escribirá también: *Libertador*.

X.

Seco ya de la vida el ancho río,
Vuelta la tierra al primitivo caos,
Dirá una voz de trueno: ¡Levantaos!
Y una palma en los mares se alzaré:
Sobre su eterna y solitaria copa
Una blanca paloma de los cielos
De la tiniebla entre los negros velos
Tu nombre y tus victorias cantará.

XI.

Dios llamaré á su arcángel favorito,
Le enseñaré una extraña melodía,
Para que arrulle el sueño que te envía
Con la nube que asombra su dosel.

.....
Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos;
Las coronas de un Dios son tus coronas,
Y el inmenso raudal del Amazonas
Las aguas que fecundan tu laurel.

CREPÚSCULOS.

(FRAGMENTOS.)

Á MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR DON EVARISTO FOMBONA.

¡Silencio!..... Ya la tierra dormita perezosa,
Envuelta con su manto de flores y verdor;
Y ahogada en sus perfumes, murmura religiosa
Un himno, una plegaria de indefinible amor.

Las brisas de los bosques, los tumbos del torrente,

La música del aura vagando entre el rosál,
La voz incomprendible del pájaro y la fuente,
Son ecos armoniosos del himno universal.

El lánguido murmullo que suena entre las hojas
Cuando la luz expira en brazos de su Dios,
Suspiro es de las selvas, que imita las congojas
De pájaros y flores, que al sol dicen ¡adiós!

Entonces de sus grutas salvajes é ignoradas
Las ninfas del desierto saliendo en grupos van,
Y de aromosas flores las frentes coronadas,
Sus cantos vespertinos al aire mandarán.

Su templo las montañas, las rocas sus altares,
Su incienso los aromas de la silvestre flor:
Su música, del ave los fáciles cantares,
Y un árbol consagrado su culto y su señor.

El Ángel de los bosques levanta sus cortinas
De verde enredadera para asomar la faz;
Y enciende perfumadas y rústicas resinas
Al paso de ese bando fantástico y fugaz.

Las aves entre sueños preludian en sus nidos,
Cuando la noche tiende su lúgubre capuz,
Concierto melodioso de mágicos sonidos
Para cantar la vuelta del Ángel de la luz.

.....
La tierra se despierta más joven, más hermosa
En su pintado lecho de púrpura y verdor;
El alba con su manto la envuelve cariñosa,
Y Flora le presenta su bello ceñidor.

¡Jehová!..... sobre las ramas de un sauce deshojado
La cítara, empapada de lágrimas colgué:
Tus mares, tus montañas, tu alcázar estrellado,
Tus valles y tus ríos tan sólo cantaré.

DIOS.

Á MI QUERIDO JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

¡SEÑOR! En el murmullo lejano de los mares
Vibrar oí tu acento con noble majestad;
Oílo susurrando del monte en los pinares;
Oílo en el desierto cual ronca tempestad.

Tu voz cruza en las brisas, y en el perfume leve
Que brota á los columpios de la silvestre flor;
Tu sombra entre las aguas magnífica se mueve;
Tu sombra, que es tan sólo la inmensidad, SEÑOR!

Tú diste á la esperanza las formas de una fada;
Purísima inocencia le diste á la niñez;
Si diste sed al hombre, le diste la cascada;
Si hambre, dulces frutos de grata madurez.

Tú diste á la montaña su soledad augusta,
Su sombra gigantesca, su religiosa paz;
El estampido al trueno, que al corazón asusta;
Su brillo á las estrellas, reflejo de tu faz.

Tú distes á esas bellas, dulcísimas sirenas
(Visiones de tus sueños, con formas de mujer),
Las brisas por suspiros, las flores por melenas,
Corales para el labio de hermoso rosicler.

Y diste al hombre acentos para cantar tu HOSANNA
Cuando la negra noche le pide una oración;
Mas calla el hombre entonces;—por eso en la montaña
Los pájaros te ofrecen universal canción.

Tú hicistes esas playas que ciñen los contornos
Del mar, que en vano intenta salir de su nivel;
Y diste al Cotopaxi sus inflamados hornos,
Que imitan los horrores del antro de Luzbel.

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó,
Porque jamás supieron ni sabios ni profetas
El inmortal arcano que en ellas se ocultó.

¡Jehová! dicen las brisas; ¡Jehová! dice el torrente;
¡Jehová! dicen los Andes, y el huracán, ¡Jehová!
Y todas las criaturas te llevan en su mente,
Porque doquier impreso tu santo nombre está.

Yo sé que tú inflamaste los soles del vacío;
Que sólo el derramado, sonoro y ancho mar,
Con sus gigantes voces podrá, no yo, ¡Dios mío!
Al son de las borrascas tu gloria celebrar.

¡SEÑOR! Cuando en mis horas de soledad y duelo,
Se bañe en sus tristezas mi pobre corazón,
Aleja tú las nubes, mientras remonta el vuelo
Hacia tu santo alcázar mi férvida oración.

Á LA NOCHE.

El Ángel de la tarde en la pradera
Con un beso de paz durmió las flores,
Y del bosque los dulces trovadores
Le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz.... Las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
Y vierten sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz.... Sobre sus blancas huellas
El Ángel de la noche se adelanta,
Y sobre el éter diáfano levanta
Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
La blanda brisa, el ronco torbellino,
Cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,
Á su modo te rinden homenaje.

No es por guardar el sueño de la tierra,
Que se apaga el bullicio entre la sombra;
Es porque envuelto en su gigante alfombra,
Desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala
La inercia nocturnal de los sentidos;
Ese coro de mágicos sonidos
Que en la callada atmósfera resbala;

Son un don celestial, un don querido,
Que encontramos los hombres en la cuna
Para endulzar las horas sin fortuna
Que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios
Las almas de las vírgenes se mecen,
Y aspirando su aroma, se adormecen
En celestes y púdicos delirios.

Tal vez en sus ensueños vaporosos
El recuerdo del mundo las despierta,
Y oyen un Angel que les dice: «¡Alerta!»
Y vuelven á sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío
Que ornan del valle el manto de esmeralda,
Lágrimas son que derramó en su falda
Un espíritu errante en el vacío.

Tal vez al levantarse en el Oriente
El alba de su lecho de jazmines,
Alumbra de sus blancos serafines
La fugitiva nube transparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa
El eco de las arpas celestiales,
Cuando el bando de genios inmortales
Á su mansión beatífica se avanza.

Yo sé tan sólo ¡oh noche! que es tu imperio
La soledad augusta y religiosa;
Que eres la virgen pura y misteriosa
Que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama
La vieja ceiba al despedir sus hojas,
El eco errante son de tus congojas
Que resbala fugaz de rama en rama.

Y sé también que el pájaro salvaje,
La fresca brisa, el ronco torbellino,
Cuando emprendes tu lóbrego camino,
Á su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé.... Tal vez mi canto
Interrumpió tu majestuosa calma....
Noche.... ¡perdón! si en su delirio el alma
Profanó tu silencio augusto y santo.